



Oscar J. Montero
Azares de lo cubano. Lecturas al margen de la nación
 Leiden
 Almenara
 2022
 138 páginas

PALABRAS CLAVE: LITERATURA CUBANA – SIGLO XIX – NACIÓN – MARGEN

KEYWORDS: CUBAN LITERATURE – 19TH CENTURY – NATION – MARGINS

La sabiduría del portal: otras formas de leer la nación

Rocío Fernández¹

Para describir *Azares de lo cubano. Lecturas al margen de la nación*, la reciente publicación de Oscar Montero, investigador, traductor y escritor de vasta trayectoria, nacido en Cienfuegos y actual residente en Nueva York, podría decir que es un libro que compila cuatro ensayos sobre la literatura del siglo XIX cubano. Podría también especificar esa información general señalando que el primer capítulo trata sobre las influencias osiánicas en la escritura elegíaca de Luisa Pérez de Zambrana, el segundo aborda los encuentros y desencuentros entre

¹ Profesora y Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata con una tesina sobre la poética de la decadencia en Julián del Casal. Actualmente es becaria de CONICET y se encuentra realizando estudios doctorales acerca de las modulaciones de la decadencia en la literatura cubana. Integra el grupo de investigación “Literatura y Política” dirigido por el Dr. Ignacio Iriarte y forma parte del Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales (INHUS). rociofernandezunmdp@gmail.com

Antonio Maceo y Julián del Casal, el tercero reflexiona en torno a las formas de la denuncia antirracista de Rafael Serra y el último propone una lectura otra del diario de José Martí. En esa misma línea, podría incluso dedicar un párrafo a cada uno de esos apartados para exponer las hipótesis propuestas y los argumentos que sostienen la línea de lectura. Por último, para cerrar el texto, colocaría un comentario final de corte valorativo en el que, a través de la recuperación de algunos puntos en común, demostraría la coherencia y las intenciones del autor a lo largo del libro para coronar, cual frutilla del postre, a este tipo textual que llamamos reseña.

Pero no, prefiero elegir otro camino, uno que considero mucho más fiel a la ética crítico-política de Oscar Montero y que tiene que ver con el desvío. Hay dos escenas con las que me gustaría empezar este escrito que, leídas en espejo, pueden darnos una buena clave de lectura para pensar todos los ensayos. Una está en el apartado que abre el libro, “Preámbulo Cienfueguero”, y nos sitúa unos meses antes de la pandemia; la otra en el “Epílogo” y remite a la infancia del crítico. En la primera, Montero camina por una calle desierta de la ciudad y, al doblar una esquina, ve sentado en los escalones frente a su casa “a un viejo canoso y seco, el mentón casi apoyado en las rodillas, con algo de bobina inútil” (9). Cuando pasa por delante del hombre, este le grita a otro viejo en los escalones del al lado: “Oye, ¿tú eres maricón?”. Aunque Montero sigue andando y hace como que no es con él, sabe perfectamente que se refieren a su persona. En la segunda, no solo volvemos a Cruces, el pueblo en el que nació el crítico, sino también al recuerdo de Juanito Camero, hijo del Dr. Juan G. Camero, médico ilustre del pueblo durante los primeros años del siglo XX y hombre tan reconocido que inclusive tenía hasta una pequeña calle con su nombre. La imagen que atesora Montero de Juanito, aquel extraño hombre que había heredado el nombre, la profesión y el prestigio de su padre, retorna para plegarse de manera particular sobre el preámbulo:

Ya cuando lo conocí era un señor mayor, que pasaba la tarde en un enorme sillón de mimbre en el portal de su casa, donde hojeaba un álbum de fotografía y recortes. Su posición en el portal, frente al Prado, por donde había que pasar para ir al centro, era un reto. Había sido el médico del pueblo, muy querido y respetado por su labor. Ya a mis diez años, sabía que este hombre no era hombre como los demás, que sus modales y sus gestos señalaban una diferencia a la vez perturbadora y fascinante. Era un señor blanco, de pelo ralo canoso, que usaba guayaberas de un color tan pálido que no se sabía si era vainilla o rosa. A veces se le oía tocar aires cubanos en el piano de cola que años atrás le había regalado el pueblo agradecido (120).

Si en la primera escena lo que se coloca en el portal es la injuria del discurso heteronormativo hacia “el contoneo de la loca pueblerina”, el recuerdo de Juanito se constituye en una forma de la disputa que el crítico esgrime desde la escritura. La situación particular del doctor, afeminado, ambiguo, inquietante, imposible de clasificar con las “categorías pueblerinas de lo normal”, y al mismo tiempo figura admirada y respetada por los habitantes del pueblo por su buen nombre y profesión, le sirve a Montero para desarmar “la polarización entre la hegemonía del centro y la abyección de la periferia” y convertir el portal en “una zona ambigua e inestable” que permite abrir las lecturas del mundo. De esa manera, en un fascinante movimiento de enroque, el epílogo subvierte las posiciones presentadas en el inicio: el cuerpo del maricón no solo pasa a ocupar el lugar que antes ocupaba el viejo que injuria al crítico, sino que, además, deja de ser objeto de la mirada para constituirse en una nueva forma de leer la nación.

La sala de Juanito [...] fue el primer teatro de la inversión que pude ver. De ese teatro, lugar donde uno mira, deduzco una teoría, maneras de ver y organizar, espacio de un espectáculo al margen de los rituales de la nación. La memoria del doctor, sentado en la frontera de su portal, a la vez cauto y descarado, me ha servido de guía y con ella he querido abrir y cerrar estas notas. (21).

Más allá de que, por supuesto, la imagen de Juanito Camero se lee, desde el presente de la escritura, como “el germen de una identidad diferente de la norma” que habilita otras formas de diseñar la propia subjetividad, lo que más me interesa destacar es la lección de convertir el margen en un centro desde el cual mirar la realidad. Eso que Montero llama “la sabiduría del portal” y que tiene que ver con “intentar ver las cosas en otra luz, para cuestionar esquemas heredados y sugerir otros que tal vez tengan la suerte de que otra gente se encargue de pervertir” (124) es lo que, en efecto, caracteriza toda su labor crítica. Casi treinta años separan *Erotismo y representación en Julián del Casal* (1993), libro pionero en los estudios queer del modernismo latinoamericano, de estos últimos ensayos que integran *Azares de lo cubano*, y, sin embargo, el gesto pareciera seguir siendo el mismo desde el principio: desviar el centro, mirar desde el margen, queerizar la lectura, abrir los sentidos cristalizados de la nación. Un gesto que, después de asistir al teatro de la inversión de Juanito Camero, podemos entender también como un legado que se abre al porvenir en tanto no es solo Montero quien se sienta en el portal, sino que la invitación pareciera extenderse a su vez a quienes leemos el ensayo. En este sentido, la elección de la fotografía de la serie *El corazón de la isla* de Sebastián Elizalde para la tapa del libro, no podría ser más apropiada: si las lecturas propuestas por Montero en este libro esperan tener la suerte de ser pervertidos por los críticos del futuro, la puerta y las escaleras que se abren hacia

una dirección desconocida en la imagen de Elizalde son, sin lugar a dudas, una invitación a unirnos a la metodología crítica del portal.

Queriendo en parte seguir ese camino es que propuse la lectura espejada de las escenas del preámbulo y el epílogo antes que la descripción ordenada de los capítulos. No obstante, llegado a este punto, creo que es posible reconocer la productividad del desvío en tanto dicho abordaje permite comprender más cabalmente el trabajo que hace Montero en cada ensayo. Así, si antes mencionábamos que en el primer apartado se señalan los influjos osiánicos en la poesía de Luisa Pérez de Zambrano, ahora podemos reemplazar eso por una idea mucho más acertada y fiel a los objetivos del crítico: no es tanto que se busque identificar tal o cual influencia, sino que, justamente, se lee desde Ossian con el fin de hacer de ese margen el centro desde el cual encontrar otros sentidos en Zambrano. Lo mismo sucede con el capítulo sobre Rafael Serra, pero con una pequeña diferencia: en este caso, ya no es la presencia de otra poética lo que sirve para desviar la lectura sino la poesía como un género que habilita otras formas del discurso antirracista. De manera similar, darle centralidad a la voz del barbero que nos deja escuchar Martí en su diario y que niega cualquier tipo de importancia a la nacionalidad, al punto de considerarla una cuestión de azar, se constituye en una forma de extraviar no solo la lectura del texto en cuestión sino el centro mismo de la cultura cubana.

Es esto último en definitiva lo que se propone el libro: colocar en el portal de la nación a aquellos que históricamente han estado corridos o excluidos de ese lugar. El epítome perfecto de eso es “Cicatrices”, el capítulo dedicado a Julián del Casal y Antonio Maceo. El modernista, ejemplo paradigmático de los azares de lo cubano, se transforma en un dispositivo desde el cual producir otros sentidos sobre el líder militar independentista. Frente a las versiones que los presentan como sujetos antagónicos, Montero ensaya otras lecturas que los acercan peligrosamente. En esta línea, si en la “Introducción” se tergiversa y se tuerce el famoso estudio, *Lo cubano en la poesía* (1958), de Cintio Vitier, para señalar que lo que interesa, en esta ocasión, son las cicatrices de lo cubano, los cuerpos de Maceo y de Casal en su conjunto parecen funcionar como la superficie y el reverso de Cuba. Mientras que en el primero es posible ver una veintena de marcas, las cicatrices invisibles del segundo nos obligan a practicar otras formas de la sensibilidad para lograr descubrirlas y encontrar así otros recorridos posibles. Quizás, después de todo, esa sea una buena metáfora de lo que significa leer al y desde los márgenes de la nación: cerrar por un momento los ojos para dejarse llevar por el nuevo mapa que se delinea cuando intentamos seguir con la punta de los dedos el relieve que forman las cicatrices que, secreta e imperceptiblemente, atraviesan la isla.